

De mulas, búhos y otros escribientes

Poesía
cuento
dibujo

Nº 3
Noviembre
2005



INVITADOS

Choza del tiempo**Abraham Tarqui (La Paz)**

Arriba
 Entre barro y hongos
 Pasa la luz gris de caballos
 ...Alguna vez fue paja.
 Los flacos ennegrecidos.

Alrededor
 Los verdugos
 Maúllan aliento de sangre
 Y al calor se relamen.
 Sombras grises y negras.
 Algún día tuvieron color.

En el centro
 El arca del tiempo
 Lloro los recuerdos.
 Sentada
 Frente al fuego de arcilla
 La awicha hecha de arrugas
 Cocina para sus gatos.

(Sin título)**Rodny Montoya (La Paz)**

Quizá vida
 quizá muerte
 pero no ausencia
 quizá un vagido
 quizá un último suspiro
 pero no silencio
 quizá la realidad
 quizá un sueño
 pero no mentira
 quizá al borde
 quizá al medio
 pero no en ninguna parte
 quizá el cielo
 quizá el infierno
 pero no en ambos.

Quizá no nos ves
 quizá no quieras vernos
 pero estamos aquí.

Escalar el viento Navegar La luz

(Colaboración, La Paz)

Una noche de resaca
Al tratar de despertar
Noté que por el ombligo
Me empezaba a desinflar
Que mi cuerpo se arrugaba
Como un papel vegetal
E iba pasando ¡qué curioso!
Al estado gaseoso.

Y tras la metamorfosis
Me sentí mucho mejor
Era un aire gris oscuro
Y con bastante polución
Se notaba en cualquier caso
Que era aire de ciudad
Que si bien no es el más sano
Lo prefiere el ser humano.

Aire
Soñé por un momento que era aire
Oxígeno, nitrógeno y argón
Sin forma definida, ni color
Fui aire volador.

Como yo soy muy consciente
Hasta en esta situación
Decidí ser consecuente
Con mi nueva dimensión
Y probé a ser respirado
Por la que duerme a mi lado
Sin entrar en pormenores
Yo sé hacer cosas mejores.

Como no me satisfizo
La experiencia sexual
Se me inflaron los vapores
Me convertí en huracán
Di unas tres o cuatro vueltas
Y a la quinta me cansé
Este cuarto es muy pequeño
Para las cosas que sueño.

Aire
Soñé por un momento que era aire
Oxígeno, nitrógeno y argón
Sin forma definida, ni color
Fui aire volador.

Y lo siento por mi novia
Y el cristal que me cargué
Me escapé por la ventana
Y en picada me lancé
Pero tuve mala suerte
Y cuando iba a remontar
Me volví otra vez humano
No faltéis al funeral.

Aire
Soñé por un momento que era aire
Oxígeno, nitrógeno y argón
Sin forma definida, ni color
Fui aire volador.

Derroche de locura

Helen Ticona (Puno)

Cuánta locura derroché al amarte
en un colchón hueco sin ideas,
en la casona pasada de siglo,
en el aire tóxico de espadas.

Noventa mil minutos
me vengué de tu olvido,
recordándote todos los días
en el cuarto húmedo de tu ignorancia,
donde llenaste tus bolsillos con mis
prendas.

Recostada en el perfil de la luna,
con las cortinas analfabetas
comencé a deletrear tu nombre;
con el ápice de tu hombría cobarde
cuánta locura derroche al amarte.

La bella flor de locura

Naldo Yanqui (Puno)

El símbolo del amor desgraciado
que baña de sangre el tulipán
llevando en mi corazón
la herida de un amor letal.

Habitante bella e infeliz
de amargo sin sabor y la derrota
luna Áurea del tiempo de la resurrección
y de las aguas sagradas.

Misteriosa y esotérica
mas sabia y mas prudente
luna pálida;
anhelo infinito en tiernas
noches azules
leyenda de polvo y recuerdos
mientras que los ojos, se nos llenan
de lágrimas.

A tu vuelta

Aldo Santos (Puno, 1980)

I

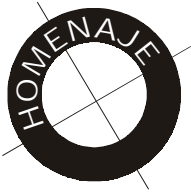
Cuando vuelvas te esperaré con las llaves del bosque
 Con las flores marchitas de tanto amor
 Con la novela en blanco, el gris de las noches y la palabra siempre
 Te tomaré para guarecerte junto a la casita de chocolate
 E intentaremos volar al sol sobre la alfombra de Alí Baba

Cuando vuelvas tomaré prestadas las botas del gato
 Para esconderme como un roedor en medio de este barco
 De corsarios y piratas, sangre, frío y tempestad
 Te mostraré el reino del nunca jamás
 Y pasearemos desnudos por este lado del país de las maravillas

II

Si llegases hoy recuperarí mi corazón etiquetado
 Le devolvería las ojeras a la noche
 Pediría prestado, al día, las horas de ayer
 Descansaría mis huesos de tanto callar
 Zurciría mis zapatos de siete leguas
 Para correr a tu puerta y despertar a los enanos

Si llegases hoy llegaría antes, mucho antes, que la bruja
 Mucho antes que el corcel negro, que el zorro o Robin Hood
 Quizá antes que la noche, el día o un equinoccio de abril
 Antes de ayer, la semana pasada, el siglo uno
 Vendría volando cual súper ratón, Clark Kent
 Y en medio del bosque habría de despertarte



Efraín Miranda, llamado el *poeta indio*, y con más de 70 años encima, es uno de los poetas vivos más importantes de la poesía puneña y peruana. |

Efraín Miranda Luján, poeta puneño, vivió por más de quince años en la comunidad de Jacha Huinchoca en las pampas de llave, al sur de Puno, donde ejerció la docencia y se preocupó por la educación rural. Tal experiencia, complementada con una cultura universal a través de un aprendizaje autodidacta le sirvió para construir su poética y lograr una poesía india particular y difícilmente superada dentro de su contexto. Como dice Ernesto More refiriéndose a su poesía: «no es producto de la simpatía o amor al indio; es la respiración misma del indio. ¡Y qué respiración!» (En el prólogo del segundo libro de Miranda)

Alguna vez Efraín Miranda manifestó: «*Todo ese contacto que tuve con los indios en la comunidad [de Jacha Huinchoca], cambió por completo mi cultura y mi forma de percibir la vida y el universo. Todo aquello era otra sociedad, otra realidad y yo me fui adaptando a ella. Encontré toda una sabiduría en esa experiencia y de ahí que mi poesía se nutre de ello*». (Revistas: *Pez de Oro* N. 06 pp 7, y *Rebelarte*, abril 2005, pp 32)

“*Muerte Cercana*” de 1954 es su primer libro publicado. Luego le siguieron otros como «*Choza*» (1978), «*Vida*» (1980) y «*Padre Sol*» (1998).



Por motivos de salud desde 1998 Miranda decidió vivir en la ciudad de Arequipa. Con el transcurrir de los años su poesía ha ido adquiriendo un considerable valor dentro de la literatura peruana debido a su carácter discursivo. Ahora, es materia de estudio en distintas universidades del Perú.

I P (de Vida)

En su cama de pieles,
con dolor vómitos y fiebre
deliraba con la tierra interna
aplastándolo. Más los minerales
en intensa reabsorción.

Los curanderos pudieron haberle confirmado:
Pubescencia, maridaje, abuelatura
¡No hai curanderos!

¡Tampoco médicos a nuestra economía!

Si la medicación primigenia muere,
¿robaremos médicos, laboratorios, enfermeras,
quirófanos, boticas, bancos de sangre?...

En su patilla-camastro, con mortaja de papel
Y retazos de tocuyo, se recuesta.
Picos y palas, suenan.
Alcohol y coca, se hablan en la oscuridad.

9 (de Padre Sol)

-¿Aprendes las letras?
¡Correcto. Leerás una biblioteca!

-¿Te defiendes con uñitas de ratón?
¡Mal haces. Protégete con zarpas!

-¿Con un gotero te bañas?
¡Date cuenta. Hazlo en el mar!

-¿Se te queman las tortas en el horno?
¡Tonterías. Actualízate con un microndas!

-¿Un amigo te es bastante?
¡Ciego. La población quiere saludarte!

-¿Plantas un árbol?
¡Qué optimismo. Siembra una jungla!

-¿Aportas con un grano de arena?
¡No seas cojo. Entrega una montaña!

-¿Cavas fosas mortuorias?
¡Estás muy mal. Fabrica cunas!



Texto y fotografías de Christian Reynoso (Efraín Miranda en su casa de Arequipa, setiembre 2005)

*Pronto vendrán los pájaros del este a picotear mi casa
Y aquí me quedare
Para saberlo*

La Peste

Haydith Vásquez (Tarapoto)

Renato Cisneros - Máquina fantasma

Mis abuelos lo predijeron mucho antes que yo naciera. Los ancianos lo sabían, porque un distintivo de serlo era poseer sabiduría llegada a sus puertas hace millones de años.

Insistentemente lo repetían, una y otra vez, para que los menos dotados, es decir todos nosotros estuviéramos alertas y no fuéramos sorprendidos por la venida inminente del fin de los tiempos.

El cielo se volvió más gris, mi casa comenzó a cuartearse y mi soledad a esfumarse; ¡vaya paradoja que me toca vivir!; cuando el sol existía y el mundo latía como un gigante corazón, con niños llorando y mujeres gimiendo de placer, mi soledad parecía infinita; ahora que no hay nadie, sólo viejos en derredor vigilando que todo suceda como es dado suceder tengo la certeza de estar viviendo lo mejor de mi existencia .

Nadie recuerda cuándo comenzaron a pudrirse los sueños, nadie que camine, puede dar fe de estar vivo, hay maledicencia hasta para sonreír, pero yo seguiré insistiendo que el momento presente es mi reconciliación definitiva con la vida.

Desde la playa puedo ver el ataque subversivo que hacen los pequeños que por ahora dominan el mundo, insectos que antes se erigían indefensos ante la cruel cizaña del hombre, ahora actúan como un todo poderoso que sabe de su supremacía incontrolable y se encarniza con los pobres que luchamos por no pecar.

Se siguen cuarteando los techos. Los jardines se terminaron de secar el día en que murieron mi madre y todos mis hermanos. Ni una lagrima lloré; porque el trabajo físico que me demandó decirles adiós en medio de los anónimos cuerpos, ocupó mi mente por interminables días.

Las horas se suceden con fría quietud. La mirada compasiva de los ancianos que pululan por la tierra son un rastro certero de aquí antes que yo naciera, ellos ya se preparaban para sobrevivir.

Nadie que estuviera dentro de sí les hizo el menor caso, muy por el contrario las burlas desafiantes no se hicieron esperar.

Cada mañana como una rutina que se parecía más a una oración penitente, sus ojos decrepitos auscultaban el cielo pintado de arco iris; los viejos tan sabios lo sabían: la peste llegaría en forma de pájaros del este, con el único objetivo de picotear las casas.

Con un sonido que se parece al mar llegaron desde lejos, con sus picos amarillos y sus plumas aladas tiñeron el cielo de gris; el gran hogar cayó en tinieblas. La desamparada gente que no creyó en el augurio apocalíptico de los abuelos no pudo

escapar. Cayeron de bruces uno tras otro en tanto que el sol se apagaba para siempre; al menos hasta hoy.

No me quedó más remedio que comenzar a vivir, porque por algún motivo también me rehusaba a morir. Mis piernas dejaron de estar entumecidas y me empujaron a caminar: desde que hace treinta años que nací, milagrosamente pude respirar por primera vez.

En medio de la nada vi que de a poquitos el universo en todo su magnificencia se iba exterminando. No culpo a los pájaros del este, ellos sólo seguían su destino, no culpo a los seres de mente inferior que no escucharon la voz de la erudición.

Ahora lo sé, mi enclenque y despiadada anatomía hermafrodita estaba preparada para algo mejor que una muerte simple.

Un destino superior me estaba reservado, aunque quizá nunca conozca el amor ni tenga descendencia, al menos no pareceré como aquellos hombres de oídos sordos que dejaron dentro de sí un dolor de olvido.

Hubo gente que intentó impedir el exterminio universal. Llegaron en furgonetas, vestidos como militares y fumigaron todo; se metieron hasta en los resquicios del alma. Finalmente se fueron vencidos, porque no consiguieron nada. Antes de eso me miraron y como si fuera una aparición lejana me hablaron.

Ven con nosotros dijeron y ante mi negativa mascullaron palabras incomprensibles y se marcharon. Me imagino que entre ellos discutían mi condición humana, sus sombras no dejaron absolución que valga sobre mis áridos pies, aun manchados por lafangosa tierra mortecina.

Desaparecieron. En tanto que mis pocas fuerzas se multiplicaron y comencé mi recorrido nómade por el desierto del mundo.

Por las carreteras aéreas aparecieron inclementes con los ojos impávidos, todos los viejos de la tierra. Me ofrecieron ayuda en cuanto vieron las babas del perro guardián, que fiel a su estilo esperó a que llegaran para terminar de morir. Fue el último de mi vasta estirpe que acabó por expirar, le dejé una nota solapada en el regazo, fundiéndose el acto en una primera revelación; era la luz ante una tragedia que me salvo, mi pluma dormida renacería junto a mi testimonio imperecedero.

Una tenue esperanza me obliga a escribir, porque sueño con que alguien encuentre esta historia y sepan por sobre todas las cosas que existí.

Recorrí muchos caminos con mis longevos acompañantes. Aquí me encuentro ahora entre los escombros de lo que alguna vez fue un buen lugar para vivir. Mi existencia es un libro abierto, y al hablar de esto lo hago en un sentido literal; porque mis días y noches, que no son mas que noches están retratadas es unas páginas azules que encontré.

No sé que pasará de ahora en adelante. Los viejos me imaginan terminarán por desaparecer; ni tanta sabiduría los podrá salvar de la inefable calamidad de por fin irse. Apuntaré todo en este desorden de papeles azules. Nuevamente chillan los ventarrones del este; y por alguna razón que no puedo explicar, me seguiré quedando aquí para saberlo.

El hombre de la sombra

Jorge Villegas (Puno)

El sobresalto de las miradas lo despertaron y se levantó presuroso para caminar descalzo, por el piso de tierra de su pequeña habitación sin ventanas donde naciera años atrás.

Antes aquella casa tenía mucha luz, grandes ventanas por donde mirar pasar a los vecinos de las casas, en aquel entonces, muy alejadas tras los sembríos, pero ahora las había tapiado, lo había hecho hace una semana, cuando empezó a sentir que las miradas lo vigilaban e incluso en sus sueños las miradas siempre estaban allí, ya debía haberse acostumbrado a ellas por que su forma extraña de ser, siempre solo y sin amigos, llamaba la atención haciéndolo víctima de los chismes de todas las mujeres y varones del lugar; pero ahora no, ahora las miradas eran diferentes y lo perseguían indiscretamente; a donde fuera él, lo seguirían las miradas.

Despertó cerca de las once de la noche y lo seguían mirando después de las doce, pero, ¿quién era?, los muros no tenían ojos pero sería bueno que los hubiesen tenido para saber por fin quien o quienes eran, pero no, no lo sabía, y ellas lo incomodaban, aún más lo irritaba no saber quien o qué lo miraba, tal vez si lo llegase a saber terminaría con lo que fuese o trataría de sobrellevarlo con más facilidad pero aún no lo sabía y tal vez nunca lo sabría, eso también le daba mucho miedo.

A las once en punto abrió los ojos y sintió las gotas de sudor que salían desde el fon-

do de sus nervios y le corrían por todo el cuerpo, no pudo quedarse más tiempo acostado, se levantó y encendió el foco que recientemente habían instalado, pues hace poco llegó la corriente eléctrica al lugar; aún se sentían los fuegos artificiales en las calles desde hace dos o tres semanas festejando el nuevo signo del progreso, caminó en su habitación hasta las doce, durante una hora y no pudo más, las miradas seguían penetrándolo y él sentía que podían mirar hasta por dentro de sus entrañas, salió, cruzó todos los sembríos y causó gran asombro verlo, el tipo solitario de la casucha del extremo sur del pueblo a mitad de fiesta caminando, aunque sin hablar, confundido con la gente embriagada de alegría.

No, aún así se sentía más mirado que nunca, no era la gente pues a ella si se había acostumbrado, era algo o alguien más importante, alguien que sabía como mirarlo, con descaro, a propósito, para que él se diera cuenta; que sensación más incómoda era esa, entró a tomar una taza de mate de coca y las miradas lo tomaban junto a él, al caminar por las calles bajo el día nocturno de los fuegos artificiales la mirada de ojos penetrantes caminaba con él, de nuevo a su casa pequeña y allí lo seguía también la mirada de esos ojos sin dueño, volvía a salir para acompañar como nunca antes a los últimos festejos de la luminosidad que ya duraba más de dos semanas y allí, con más insistencia estaba la mirada atravesándolo hasta los intestinos.

Pero, ¿qué sería?, lo único nuevo era el destello de la luz enfrascada en globos de vidrio en lo alto de los postes, era lo único novedoso y al percatarse de ello, no pudo más, por fin se fue a su habitación, hechó llave por dentro y luego la rompió, también rompió el foco nuevo en el centro de su dormitorio por si le provocaba encenderlo y se tendió a sentir la tranquila suavidad de la oscuridad sin miradas que lo perturbasen; allí no habían miradas y es que su condición de hombre triste y solitario nunca le enseñó que se debe vivir con una sombra al lado, no se percató, hasta ese momento, de ella; con él, ella nació pero nunca se le hizo tan molesta como ahora que la luz de los nuevos postes la hacía notoria en los mejores momentos de soledad, en la noche.

Muchos años después, cuando el sistema de iluminación ya se hacía viejo, y todos habían olvidado por completo al hombre solitario, decidieron derrumbar la casa de las ventanas tapiadas que para entonces ya quedaba a mitad del pueblo que creció rápidamente, al llamar a la puerta nadie contestó y entonces la tiraron abajo; sobre una cama de la cual solo quedaban las hilachas de antiguas frazadas carcomidas por insecto, se encontraba el esqueleto del que antes fuera un hombre joven, fuerte pero sofocado por la soledad ¡hasta en los huesos se la notaba!, tenía la expresión de haber muerto feliz y riendo, pues ya nadie, en su encierro, podía haberlo mirado. Al conocer la noticia del hallazgo todos recordaron la historia que contaban los abuelos, la historia del hombre solo que nunca pudo deshacerse de la molestia de tener siempre junto a él a su sombra.

Escritura

Jaqueline Calatayud (La Paz)

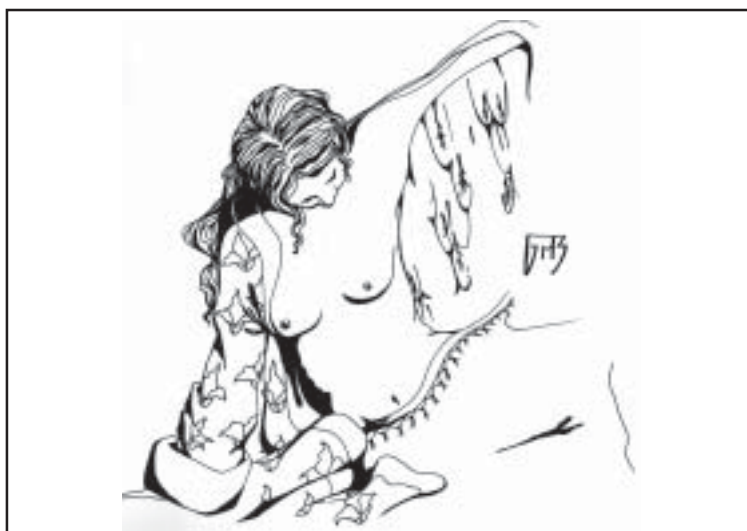
El niño traza palabras sobre una hoja y ellas corren hacia sus extremos, asustadas del cursor que parpadea a su costado. Dibujadas mecánicamente por el teclear de sus dedos, bajan uno a uno estos renglones y saltan de vez en cuando. Pero la expresión de su rostro, enjuto y concentrado, ya sobre el papiro, ya viendo la caja que virtualiza sus hojas, musita las mismas palabras, una y otra vez, hoy y en otro momento del tiempo, hoy y hace quinientos años su corazón es el mismo y es el mismo el abismo, el error en el que cae, o la salida genial que crea con la palabra, como el pintor con un acertado trazo. Iluminan su noche iguales pensamientos o las oscurecen pesadillas que otros soñaron o despertaron una y mil veces, y en su cabeza continúa, otra vez, el ansia de originalidad, ansiada otras infinitas veces por otros, los que como zorros que se encuentran en anillos del tiempo, se chocan y saludan, sabiendo que aunque sean iguales nunca serán los mismos.

Tubo fluorescente o pabilo, el viejo se enamora y prostituye su palabra a ese amor, a la mujer de sesenta años que fue su novia o a la muchacha que carga liviana el peso de su juventud.

El niño recorre las sendas andadas por otros, aprende a hablar recogiendo las palabras que otros dejaron caer al suelo, balbucea y maldice, aprendiendo, siempre aprendiendo, recorriendo el camino que otras manos le ganaron a la maleza. Mientras la maraña de hierba parlante crece detrás suyo.



Portada y
dibujos a tinta
de Katty
Gómez Nieto



Derechos de los autores, 2005

Estas páginas cubiertas de escritos que enaltecen la condición del ser humano, por lo formidable que es la creación literaria, hacen que una vez más apostemos en lanzar el número 03 de este boletín que no hace otra cosa que brindar un pequeño espacio de difusión para sus creadores.

En esta oportunidad presentamos a los lectores una edición en homenaje al gran poeta Efraín Miranda, acompañado de jóvenes poetas y narradores que sin duda buscan como él, alcanzar la perfección del espíritu literario.

Uyarik Aru